

# Misterios femeninos

FLORY KRUGER

¿Qué le aportó el psicoanálisis a la evolución del lugar de mujer en la historia de la humanidad? ¿Por qué Freud ordenó toda la teoría sexual alrededor del falo, de modo tal de definir el lugar de la mujer a partir del hombre, sosteniendo finalmente que hay algo que le falta? ¿Introdujo Lacan algo nuevo concerniente a lo sexual? Eso nuevo, ¿contribuye en la actualidad a pensar el lugar de la mujer de otro modo?

Parto de la hipótesis de que siempre se pensó a la mujer del lado del déficit. Ubiquemos el lugar de la mujer en la antigüedad. En Grecia, en la época de Platón y Aristóteles, ser mujer no era una cosa deseable, la mujer tenía la misma consideración que un esclavo, no podía participar de los asuntos políticos, es decir, no eran ciudadanas y por lo tanto no podían tener ningún derecho civil. Esto nos permite afirmar que, en comparación con el hombre, se comprueba nuestra hipótesis del déficit del lado de la mujer. Ellas estaban destinadas al silencio de la reproducción maternal y confinadas a la sombra de lo doméstico. En Atenas, la vida de

la mujer transcurría en el gineceo -las habitaciones de la casa destinadas a las mujeres- de las que no salían salvo para asistir a alguna fiesta religiosa o a las clases de canto y baile, sólo cuando eran destinadas al coro religioso. Debían permanecer fuera de la mirada masculina, incluso, de los miembros de su propia familia. En Esparta, las costumbres eran más tolerantes, podían hacer sus ejercicios físicos junto con los jóvenes, fuera de sus casas en lugares públicos. En ambas ciudades se las preparaba para el matrimonio, aprendían a cocinar, tejer, limpiar y se casaban a los 14 o 15 años, como resultado de un trato entre familias, donde ellas no tenían la menor intervención.

Sin embargo, los filósofos de la época se interrogaban por el origen de la mujer y por el lugar que ocupaban en la sociedad. En el siglo V, antes de Cristo, en su obra *La República*, Platón estaba tras la búsqueda de una sociedad perfecta. Allí reconoce una misma naturaleza para el hombre y la mujer, incluso sostiene que debido a esta igualdad en su naturaleza, le parece lógico que tuviesen las mismas oportunidades a través de la educación igualitaria. Si bien podemos ver en este planteo, los inicios de la igualdad de derechos, en otro de sus escritos aparece la diferencia. En sus *Diálogos*, Platón dice que el hombre y la mujer están dotados para lo mismo pero especifica que el varón es superior (Duby y Perrot, 1991: 70). En el matrimonio esto se traduce en la eliminación intelectual y social de la mujer. Comprobamos, una vez más, la hipótesis del déficit del lado femenino.

Uno de los interrogantes que recorrió todos los tiempos, tanto a nivel de la filosofía como a nivel del pensamiento religioso, es cómo llega la mujer a este mundo.

Platón sitúa el advenimiento de la diferencia sexual en el instante en que, en la historia del hombre, una perfección originaria se desgarró (Duby y Perrot, 1991: 89). Hay diversas versiones del origen de la mujer. Una cuenta que al comienzo, los mortales, los

hombres, vivían con los inmortales, los dioses nacidos de la tierra y del cielo. Los hijos de Cronos, Zeus, los descendientes de Urano, llamados Titanes, convivían con los hombres marcados por la muerte, frecuentaban los mismos lugares, comían juntos, formaban una sociedad homogénea donde la felicidad reinaba entre ellos. Pero un día ocurrió un accidente, uno de los dioses, Prometeo, tiene la idea de burlarse de Zeus. En el reparto de un buey que estaba previsto para un banquete, separa los huesos de la grasa y hace un paquete con los desechos y con los huesos y se lo lleva a Zeus. Él, que ya era el dios soberano del Olimpo, no aprecia la broma de su primo Prometeo, y decide vengarse: lo hace sacándole el fuego. Situación grave ya que el fuego les era indispensable para alimentarse. Esa venganza complicó a todo el resto de los habitantes que no habían tenido la menor responsabilidad en el asunto. Prometeo recupera el fuego robándolo, por lo tanto Zeus vuelve a enojarse mucho y para castigarlos decide dar a los hombres un mal: la mujer. Los dioses modelan una criatura artificial de la que extraerán el genos de las mujeres, destinado a instalarse y a habitar entre los hombres para su mayor desgracia. El género de las mujeres trae a los hombres la avidez del deseo, también se enfrentan a la pérdida de la tranquilidad y de la autosuficiencia.

Otra versión de la historia es la de Pandora, ella lleva una caja cerrada de la que estúpidamente, dejará escapar todos los males que pesan sobre los hombres. En todos estos relatos, encontramos un mismo calificativo, las mujeres son un suplemento, una pieza agregada a un grupo social, que antes de su aparición, era perfecto y feliz. Ellas forman un genos, un género aparte, como si se reprodujesen por sí mismas, ellas inauguran el desamparo y la aflicción de los humanos. El rasgo común de los relatos que hablan del advenimiento de la mujer es pues la autonomía de los géneros que denominamos sexuales.

Es Aristóteles quien afirma esta independencia imaginaria que aísla todos los géneros en su capacidad de reproducirse. Aristóteles sostiene que un género es la reproducción continua de los seres que tienen la misma forma. Sin embargo, a diferencia de Platón, no piensa que todo género es capaz de reproducirse por sí sólo y trata de plantear como problema la cuestión de saber qué es lo que representa la diferencia sexual en relación con las nociones de forma y de generación. Para Aristóteles, el hecho de que un género sea un grupo que se reproduce, no autoriza a imaginar un género monosexual, sino que, por el contrario, exige la inclusión lógica de la diferencia sexual en la noción de género. Él considera que un género comprende dos sexos pero una sola forma, lo que viene a ser lo mismo que decir que los dos sexos permiten la transmisión de una forma, de un eidos único. Dos sexos para un género, dos sexos para una forma. A pesar de la existencia empírica de dos sexos, Aristóteles afirma que en un género sólo se transmite una forma, la del padre. En sus tratados sobre los animales, Aristóteles examina extensamente los cuerpos femeninos y descubre que hay dos maneras de identificar las características de los cuerpos femeninos: la analogía y la inferioridad en relación con los cuerpos masculinos. Es macho el ser capaz de engendrar en otro ser, es hembra el ser que engendra en sí mismo. Pero en esa observación minuciosa del cuerpo femenino, concluye que en su conjunto, parece marcado por una serie homogénea de rasgos que manifiestan su naturaleza defectuosa, débil, incompleta. Además, tiene un cerebro pequeño.

Entre los animales, el hombre es el que tiene el cerebro más grande y entre los hombres, los machos tienen el cerebro más voluminoso que las hembras. El cuerpo de la mujer está inacabado como el de un niño y carece de semen como el de un hombre estéril. Las hembras envejecen más rápido

porque todo lo que es pequeño llega más rápido a su fin. Todo esto porque las hembras son por naturaleza más débiles y más frías y hay que considerar su naturaleza como un defecto natural. (Duby y Perrot, 1991: 7-24)

A pesar de la existencia de dos sexos, sólo hay una sola y misma forma; entonces, las diferencias que destaca del cuerpo femenino, más pequeña, menos dientes, más débil, sólo son epifenómenos de una misma naturaleza, fenómenos mutilados de lo que representa una unidad. Por fin llegamos a la razón última de los defectos que se acumulan en el cuerpo de las mujeres: la naturaleza femenina es un defecto natural. Y es que ella misma es un defecto, es lo mutilado. La razón que encuentra para justificar esta endebles es una falta de calor vital que entraña una debilidad del metabolismo, de la cocción. Como la temperatura del cuerpo femenino es más fría que la del hombre, los alimentos no logran una cocción suficiente provocando un líquido sanguinolento que sale del cuerpo de la mujer una vez al mes. La sangre de la menstruación es pues, un signo más del frío femenino, pero sin duda es el más importante porque desempeña un papel en la generación. Esa misma sangre, producida por falta de calor, constituye el aporte femenino o de la hembra a la concepción de un hijo. Es el equivalente del esperma masculino, en verdad, es el esperma sin serlo, porque está crudo; mientras que el líquido seminal es cocido por el cuerpo del hombre a partir de la sangre. O sea que gracias al calor vital el hombre es capaz de transformar la sangre en esperma. La mujer, en cambio, se caracteriza por su impotencia para llevar a cabo esta metamorfosis (Duby y Perrot, 1991: 96). El esperma es al macho lo que la menstruación es a la hembra. Aristóteles considera que el macho es el poseedor del principio motor o generador, en cambio la hembra es la poseedora del principio material. En esta teoría hay un solo

generador: el padre. La hembra está allí pero para suministrar la materia, la sangre de la menstruación. La maternidad se convierte en el soporte alimenticio y físico de un proceso que depende esencialmente del macho. El padre genitor es el que posee una triple potencia, el principio del alma, el principio del movimiento y el principio de la forma. Estas tres características son las que introduce el macho, a través del semen en la hembra, el alma sensitiva, o bien, el principio psíquico es vehiculizado por el esperma, gracias a la naturaleza caliente que le ha permitido una cocción cumplida. El esperma es el vehículo del alma, de la fuerza fisiológica, finalmente del soporte vital, por eso engendra seres semejantes a los padres. En su encuentro entre el semen y la materia, se engendra un producto semejante al genitor. El padre encarna y transmite el modelo de la especie. En él se encarna la forma única, destinada a transmitirse en un genos. Frente a él, el cuerpo materno es un lugar, una suerte de taller, una sustancia inerte, incapaz de moverse por sí misma y absolutamente pasiva, en estado de recibir la forma del macho. En la sangre de la menstruación no hay alma, no hay forma, no hay movimiento, es la impotencia para cocer, por lo tanto le falta el aire caliente que da la vida. Es material bruto, sin embargo entra en el proceso de la generación en tanto materia primordial. En Aristóteles podemos dividir claramente las cosas, por un lado, alma, forma, movimiento, del lado del macho, por el otro, cuerpo, materia y pasividad, del lado de la hembra. Nuevamente vemos que lo femenino ocupa el lugar de la falta, de la carencia, del déficit.

Aristóteles explica el nacimiento de una hija mujer en lugar de un hombre por una eventual debilidad de la dinámica masculina, ya sea por su juventud o bien por su vejez o bien por alguna otra causa de ese orden, o sea que si se concibe a una mujer es por la fuerza debilitada de la energía creadora del padre. Eso da origen a un producto imperfecto, defectuoso, de segunda clase, que en lugar

de ser su vivo retrato, es el signo de su astenia, de la vacilación de su potencia. La pequeñez del cuerpo mutilado de una hija, encarna la carencia del padre en el momento del coito. Aristóteles extrae la consecuencia última: “aquel que no se parece a los padres es ya, en cierto sentido, un monstruo, pues en este caso, la naturaleza, en cierta medida, se ha alejado del tipo genérico, (genos). El primer alejamiento es el nacimiento de una hembra en lugar de un macho”.

Desde este punto de vista, la feminidad es la versión defectuosa del eidos que se reproduce en el seno de un genos. Pero algo le hizo admitir a Aristóteles la aceptación del papel de la mujer en la concepción de un hijo, el hecho de que siendo un varón, su rostro era idéntico al de su madre y no así al de su padre, a partir de lo cual, tuvo que reconocer que la madre es tan autora como el padre en la concepción. Es el primer atisbo de pensar lo femenino en términos positivos, por lo tanto llegamos a la conclusión de que hay dos genitores, tanto como hay dos sexos.

Estos mitos de la Antigüedad, donde vemos claramente el papel de la mujer como segunda respecto del hombre, no hacen diferencia con el modo en que la religión ha pensado el advenimiento de la mujer. J. A. Miller en *Lógicas de la vida amorosa* (1989) se pregunta: ¿cómo se dio el encuentro entre Adán y Eva, primer pareja de la historia de la humanidad? Adán eligió a Eva entre las distintas especies que habitaban el mundo en ese momento, eligió dentro del mismo genos. Lo que le ocurrió con Eva fue del orden de la elección amorosa, en cambio, del lado de Eva no parece haber sido esa su elección, porque con quien Eva estableció una relación de reconocimiento fue con la serpiente, que fue quien la instigó a comer del árbol prohibido, entonces podemos marcar un primer desencuentro, en lo que la religión considera la primer pareja de la humanidad. El orden de aparición también es algo a tener en cuenta, ya que el hombre aparece como el primero, nuevamente

la mujer en segundo plano. Adán fue el primer hombre y Dios hizo a Eva a partir del cuerpo del hombre, la hizo de la costilla de Adán. A continuación, se la presenta a Adán, y Adán en los libros sagrados es el que habla y dice: “aquella, esta vez, es el hueso de mis huesos, la carne de mi carne, aquella llamada mujer, porque fue extraída del hombre”. Adán se reconoce en Eva como siendo parte de él mismo.

Si lo remitimos a los modos de elección de objeto que plantea Freud vemos que se trata de una elección de objeto narcisista, ya que se enamora de ella por lo que tiene de parecido con él, por lo que tienen en común. Y si bien no podía confundir a Eva con su madre, la confundió con Dios el Padre, en tanto que aceptó ser dirigido por ella. Al elegirla como su mujer la considera otra cosa que una hembra y se satisface con ella. Esta mujer que elige, en lugar de seguir eligiendo a un animal para su satisfacción sexual, le viene del Padre, o sea que Eva aparece como la mujer del Otro. Vemos en esta primera pareja:

- 1) la disimetría entre los sexos;
- 2) la elección narcisista de objeto;
- 3) la existencia del Otro que no es un semejante y que tiene el derecho sobre la mujer;
- 4) la orientación de la mujer hacia otro objeto que no es el elegido para ella.

Entonces podemos preguntarnos: ¿qué es una mujer para un hombre y viceversa?

En el siglo XX aparece el Psicoanálisis de la mano de Freud. Con él se abre una nueva mirada sobre la sexualidad y el deseo femenino; sin embargo, la mujer sigue estando del lado del déficit. Lacan desarticula la serie ubicando del lado femenino un plus, transformando el déficit femenino, en algo de más. Orientado por Freud, y ubicando al registro simbólico en el centro de la escena,



desarrolla su primera enseñanza alrededor del Edipo, ordenando la castración a partir de la Ley del Padre, para concluir al final de su enseñanza, transformando la castración en una función lógica, más allá del Edipo. Esta lógica no edípica constituye su entrada a la teoría de los goces y al despliegue de las fórmulas de la sexuación, que dan lugar a la diferencia entre los sexos. El goce fálico regulado por la Ley del Padre, regido por la política del falo y el goce propio de la mujer que por sustraerse a la regulación fálica se transforma en un goce sin medida que la hace no-toda tomada por La ley del Padre, lo cual implica multiplicidad, inventiva y apertura. Lacan, en el *Seminario 17*, habla del goce de la mujer como informado, sin forma (1992: 172).

Pero hoy estamos en el siglo XXI y ahora la orientación es por lo real, es importante registrar que algo ha cambiado para nosotros psicoanalistas seguidores de la orientación lacaniana. De la supremacía del significante, donde el lenguaje ocupaba el lugar fundamental en la constitución del ser parlante, nos vamos al último capítulo de *Aun* (1981), donde la estructura del lenguaje no es más que una elucubración de saber sobre la lengua, confirmando su estructura de ficción. Orientados por lo real, lo que cínicamente aislamos es el goce que se presenta como satisfacción de la pulsión. Goce que adopta una particularidad en la época actual, donde el discurso de la ciencia, con la incesante producción de los objetos que ofrece al mercado, se transforma en una exigencia de satisfacción, que presiona, sin cesar, al consumo. Imperativo de goce que provoca una generalización del plus de gozar obsesionando a los sujetos modernos. Esto toca algo de la voluptuosidad propia del goce femenino, goce cifrado por el objeto a. Es lo que nos permite decir que el estilo moderno de gozar tiene la impronta femenina. Hoy, crece cada vez más la presencia de la mujer en los lugares de poder, pero no podemos dejar de preguntarnos si estas mujeres

sostienen sus lugares desde una posición femenina o el poder las ubica del lado de una posición masculina.

Cuando hablamos de la feminización del mundo no nos referimos a los lugares profesionales que hoy ocupan las mujeres y que antes estaban destinados a los hombres, sino al modo particular del goce que caracteriza el mundo actual, cuyos rasgos comparte con el goce femenino, sin desconocer que no estamos confundiendo goce femenino con posición femenina.

## Bibliografía

- Duby, G. y Perrot, M. (1991). *Historia de las mujeres*. Tomo 1. España: Taurus.
- Lacan, J. (1981). *Seminario Libro 20. Aun. Capítulo XI*. Buenos Aires: Paidós.
- (1992). *El Seminario, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. A. (1989). *Lógicas de la vida amorosa*. Buenos Aires: Ed. Manantial.